

UNA TRASHUMANCIA DESDE MURCIA Y LA HUERTA, JUNTO CON EL CAMPESINADO, HACIA EL MAR MENOR...

F. Saura Mira

SIEMPRE, desde los viejos cronicones se ha escrito y se sigue escribiendo sobre los efectos saludables de veranear en el Mar Menor, que es un accidente admirable de nuestra geografía regional, formado por las errumbres de los ramblizales que desembocan en esta franja, a la que el mismo Felipe II dedica su empeño y la fecunda con la instalación, en el entorno de la Encañizada (Cañizada), de sus barcazas, como lugar de custodia... Albufera, espacio romántico para parapetarse en los nobles pliegues de la soledad y tocar, desde sus orillas, la amante persuasión de los sueños del verano, en sus noches mágicas y casi tranquilas y eternas...

Quiero decir que todo el gesto sereno y azul de este mar para infantes y avanzados en edad, pero a su vez, en sabiduría; contiene algo insólito que se desmenuza entre las líneas no escritas, de aquellos momentos comprensivos de los años cuarenta, de nuestro siglo, cuando desembocaba en las orillas de este espacio mágico y sereno, desde Los Alcázares a los Nietos, todo un muestrario de personas y personajes dignos de tener en cuenta, porque, en aquella época, bien merecía la pena llegar, por los medios comunes del transporte, que por aquel tiempo eran muy limitados, pues quienes lo hacían en camiones, casi toda una gran familia, tardaban su tiempo, y más aún los que, desde zonas huertanas o del extrarradio urbano, desde sus barriadas pintadas de pura huerta, utilizaban los carromatos para llegar, siendo este trayecto penoso como

agradable, parando los peregrinos en las célebres ventas que se encontraban, una vez subido el Puerto de las Cadenas: una colosal obra de Carlos III...

Naturalmente que eran otros momentos, claro que sí. Para los más intelectuales esto suponía saborear el contenido de las páginas de un Marcel Proust aún vigente, fallecido en el año 1921 y cuyo cuerpo queda depositado en París, en el cementerio del Père Lachaise, a los sonos de la romántica melodía de Ravel, «Pavana para una infanta difunta», lo que simplificaba entrar en la órbita de las sensaciones indefinidas sobre estancia en balnearios franceses, desde las diversas rutas que el autor de la Recuperación del Tiempo Perdido, visualizaba constantemente, desde su solitaria fragancia de olores y vivencias, hasta que aparecían detalles de nuestros viajes a playitas, como las que conforman todo el ordo de los balnearios, —tan de belle époque—, tan proustianos, que se escanciaban en todo el Mar Menor, en los Alcázares, con *sus balnearios de maderas coloreadas y con barandillas ajustadas*, desde cuyos sumisos trayectos, los bañistas (como entonces de denominaba a una determinada clase que gustaba de tomar las aguas para sus clásicas enfermedades reumáticas, por supuesto, aguas muy atemperadas y templadas, aptas para eruditos en dolencias artríticas, como de amas de casa en edad avanzada, que diríamos, o de viejecitos que, con sus mismas ropas y su cayado, se metían en estas aguas serenas, entre piedras y su fangosa hondonada, muy del

agrado de aquellos), transitaban por ellos con sus típicos y decentes bañadores, con el cuidado de que al bajar por las escuetas escalerillas que daban a la playa, pudieran, sin temor alguno a ciertas miradas indecorosas, echarse en estas aguas anheladas y donde se podía nadar pero sin cruzar más allá del célebre palo de algún pescador señero, oriundo del lugar, como el célebre «palo» de Gumersindo, éste, sito en la cercana y compañera playita de los Urrutias, más para oriundos de Cartagena, aunque también veraneaban, desde la facundia de los consabidos tres meses, muchos murcianos, que desde las casas, a orillas del mar tenían sus célebres «Casetas de Baño», pequeños habitáculos de madera, con una puerta que se cerraba en los instantes de desnudarse, con una pequeña ventana, desde la que en muchas ocasiones se podía mirar con libertad de contemplación, los cuerpos femeninos que por las orillas merodeaban...

Estamos hablando de los Alcázares, con su célebre Base militar de hidras, los Urrutias, con sus casitas cercanas a la playa, la mayoría comprada por gente murciana y procedente de mineros de la Unión, que víctimas de la silicosis habían tenido que templar gaitas vendiendo sus mansiones marinas, y los Nietos, auténtico caserío de pescadores, más habitado de gente cartagenera, amante de las regatas a vela, mejores conocedores (por su vocación marina), que los de la zona del Segura, atenazados por aquello de «barrigas verdes», pero que, a la hora de cualquier desafío en natación, o en barcaza de vela, siempre llevaban las de perder...

Entre las gentes de la vieja Cartagonova y la de Mursiya, se ha deletreado una sin igual lucha que no ha llegado a más, a no ser la de los que, utópicos, aún,

mantiene su privilegio cantonal y de razón histórica de Cartagena sobre Murcia, pero esto es otro cantar...

La atractiva manera de huir de la monotonía se llevaba a cabo, en aquel entonces, lejano ya, para quienes pasamos el medio siglo; hacia la zona marina, desde luego al Mar Menor; quienes formábamos parte de una clase media, porque los de más raigambre económica utilizaban otros lugares en el contorno de la mar costera, con sus 176 kilómetros. Una costa plagada de torres defensivas y de efluvios magnos, con los privilegios de poder bañarse en el mar mayor, desde Mazarrón a Águilas, o cuanto más, esperando la fortuna de lucirse en la entonces árida zona de la Manga, con sus playitas solitarias y plenas de dunas a las que los entonces críos del Mar Menor, íbamos para mejorar las aventuras de R. Cousoe, desde las líneas sabrosas de las páginas de D. De Fóe...

Los Alcázares era un buen ejemplo de utilización playera y de sus balnearios termales, como se utilizaban también otros celeberrimos «baños» en Mula, lugarejo de picardías amorosas y templadas, en cuitas a lo ciertamente ostentoso, utilizando sus célebres mansiones con baños individuales o en grupo y su térmico encuentro de gran verborrea lingüística y entrañable, desde su interior, no siempre bien calmado por antañonas habladurías... Que en los de Archena y Fortuna se escanciaban brindis de elocuencia extranjeril, con circunloquios hiperbólicos sobre los que habría que prologar un buen libro, por aquello de ser punto tangencial entre clientes de muy significativa alcurnia que se llevaban estos nombres regionales a Badem Badem o París. También en la ciudad se podía utilizar celebéri-

mos Baños que dieron nombres a calles recónditas, dejados los medievales árabes para estampas recordatorias, o los célebres también de la Alberca, en el Verdolay, donde, quien escribe estas notas, tuvo su entronque por razón de familia, y aún perviven secuencias reconocibles de aquellas estancias en los meses estivales, pues no hay que olvidar que:

«Los sitios que hemos conocido no pertenecen tampoco a ese mundo de espacio donde los situamos para mayor facilidad...»,

y suele suceder también, como dice Proust¹ que:

«el recordar una determinada imagen no es sino echar de menos un determinado instante, y las casas, los caminos, los paseos, desgraciadamente son tan fugitivos como los años».

De aquellos años de niñez recuerdo el ramblizar al que iba, bajando unas enormes escaleras, por la casona de los Baños alberqueños, que mis padres alquilaban en su temporada estival, y el olor de los higos junto a su sabor, cuando los cogía en olvidada higuera de mis aventuras, una vez que mi madre enviara a la criada en mi busca...

Aquel estremecimiento casi febril de ir a tomar las aguas, de empeñarse en alquilar una casita en los Alcázares o en los Urrutias, formaba parte de toda una liturgia que comenzaba en los meses anteriores, generalmente en marzo y terminaba en los finales de agosto, cuando se le entregaba al cartero o al agente que estaba al cuidado de los alquileres, el precio tratado (normalmente se abonaba en dos veces).

1 Por el camino de Swan...

Entonces casi nadie conocía las características de estos lugares, como el de los Alcázares, lugarejo de pescadores perteneciente a San Javier y Torre Pacheco, de las de su pescadería, con sus célebres pujas del mejor pescado, que se las plantaba a las otras dos, de los Nietos y la Puntica. Pero es que en los Alcázares, de tanto abolengo y citas continuas de toda una heterogénea masa de domingueros, se llenaban los espacios apartados, con sus camiones, que ponían en curso de extraña arquitectura, recreando una sociedad veraneante muy peculiar, con notas y semblanzas como los carromatos con sus mulas, y todo el ajeteo que conllevaba estar y mantenerse durante algunos días, en esos señalados lugares, que en los Urrutias formaban kilómetros de estancias pintorescas y que planteaban, por otro lado algunos problemas a los demás, que por sus fueros acudían, en regla, a vivir en compañía de familiares que abarrotaban sus minúsculas estancias alquiladas; pero que engendraban un círculo de nuevas expresiones veraniegas y eran la otra zona del veraneante más humilde...

En Los Alcázares ha sido famosa la casa del *marqués de Ordoño*, una amplia finca, sin duda de gran prosapia y recogida, en lugar donde las excavaciones arqueológicas han ido dando a luz, series de objetos de signo bizantino, con alusión a la bizantina Baga, a tenor de las indicaciones del arquitecto José Ramón Berenguer.

Sobre esta tesis hay que acudir *al árabe Al-Cazgüini, para quien hallan su origen en la Cora de Todmir, en una alquería llamada Belcur o Belcuer, la Bégula de Ptolomeo. La existencia de estas termas eran «calientes» y «bellamente cons-*

truidas» con albercas donde distintamente eran utilizadas por mujeres y hombres.

La presencia pues, de estas lejanas y clásicas termas que el citado árabe describe durante el siglo XII(?) fueron, en, todo momento, cita de una amplia presencia de forasteros que acuñan un gesto peculiar en los pasados siglos XVII al XIX, e incluso constatan su presencia y efectos en los primeros años del XX. La situación de tales termas ha sido objeto de estudios diversos por cartageneros y murcianistas. El propio *Jerónimo Hurtado* describe las mismas, en los siguientes términos: «A esa otra orilla de la Albufera, hacia Cartagena, hacia Poniente, hay otro Cabezo que llaman Cabezo Gordo, y junto a él, a la lengua del agua de la Albufera hay un paraje enfrente de la Torre dicha de la encañizada y Gola Mayor, hay una casa antigua, fuerte para lanza y escudo, y a par de ella muchos algibes antiquísimos de agua de lluvia que, con mucha esterilidad de agua, no se han visto sin ella con proveerse todo el campo y ganados de aquella parte. Llámense estos algibes de los Alcázares y la casa de los Alcázares...»².

Estas termas de baños calientes y fríos, daban entrada al agua del mar por sus estancias bajas, comunicadas por un arco de ladrillo. Dice A. Oliver que: «Las ruinas que se advierten al norte y al este parecen proceder de fortificaciones viejas...»³.

2 Crónica y Guías de las provincias murcianas 1975. E.C.

3 Hay que significar la importancia histórica del mar Mediterráneo, como protagonista durante siglos, de los más interesantes y dignos acontecimientos, que en sus aguas se han surcado, amén de ser un «complejo de mares», en frase del que mejor lo ha estudiado, como ha sido Braudel F. en su celeberrima obra de los años treinta, pues el Mediterráneo es el mar de los viñedos y de los olivos. Su

PRESENCIA DEL HUERTANO Y DEL HOMBRE DEL INTERIOR EN LOS ALCÁZARES...

El hecho captado durante los años treinta y siguientes de nuestro siglo nos dan pie para confirmar toda una presencia de éxodo, de presencia de huertanos y del hombre del interior (referible a los pueblos más apartados de la región) en la zona marina que comprende el Mar Menor y con mejor sentido los Alcázares, donde muchos de ellos, campesinos, acudían a determinadas fincas para trabajar en los meses de la siega... Se puede intuir y constatar que ello surge por motivos singulares cargados de sustancia sociológica, imperando sobre todo las de índole de la necesidad y las del ocio.

El primer motivo insufla todo un tratamiento que cabe apreciarse en algunas zonas, sobre todo desde el ámbito de Fortuna, donde se aprecia la necesidad de sus hombres de buscar su trabajo en temporadas, sobre todo las relacionadas con el

trascendencia va igualada al mensaje de la tierra. Por eso los Alcázares cuenta con todo el rigor de sus aguas, aunque pertenezcan al Mar Menor, instalado por mero accidente, en su gran y singular, mágico espacio de pescadores con sus barquitas estrechas y los viejos mercaderes con sus barcazas redondas. Estancia sometida a presiones del exterior. Y hay que tener en cuenta que la pesca ha sido un medio para el habitante de esta zona, que estaba presionado por el corsario y la intromisión de forasteros en su zona pesquera, con el riesgo de carecer de pescado en los momentos más importantes, ello siempre ha sido de tal forma aunque cabe referirse puntualmente a los siglos XVI y XVII. De ahí la necesidad de reparación de su torre, en 1570, dato documentado por Chacón Jiménez, pues los Alcázares era el eje estratégico de este Mar. Y en el año 1560 se pone un servicio de correos en la Cañizada, con el fin de avisar a Murcia en los momentos de peligro, lo que se recogía el aviso desde la torre de Santa Catalina...



estío, mediante el empleo de labores de la siega. Era habitual durante los años treinta de este siglo, acudir cantidad de personas a la finca de los Vallejo, en los Alcázares mediante el oportuno contrato, para emplearse en tal faena. Para ello utilizaban el carro como medio de transporte, iban alrededor de siete hombres y a veces a pie con el carro, tardando, según manifestación de Roque Pérez Cascales, que ronda los noventa años, un simple día. De una tirada se hacía el trayecto desde Fortuna a los Alcázares, yendo por la zona del Campo de la Matanza, siguiendo por Alquerías, para continuar por Sucina, y entrar en tierras de San Javier, camino del Mar Menor. A veces se utilizaba el camino más largo por el Puerto de la Cadena, pero se hacía parada en algunas ventas que aún hoy conservan su ran-

go, aunque otras han desaparecido. Muchos de estos fortuneros que acudían a esta zona para recoger un dinero, se quedaron y cuentan con raíces en dicha tierra...

La otra motivación, sin duda más alentadora, es la de buscar, en el verano, el ocio apetecido, desde otra perspectiva, mediante el veraneo, con toda la familia, lo que formaba parte de un grato y atractivo tiempo, más aún cuando apetece en estas tierras secas y ocres, el disfrute del mar. La ruta se hacía en carromato, o simplemente en camiones con el traslado de muebles y familia, durando el trayecto, un día o unas horas y yendo por el camino acostumbrado de los murcianos, es decir por el Puerto de la Cadena, haciendo paradas en la venta de San Antonio...